

Entró en la sala, se sentó y esperó. Había un par de mujeres en ella. Ambas parecían nerviosas. La más joven, casi una adolescente, retorcía un folleto entre sus manos. La otra miraba al suelo y al reloj alternativamente, mientras su pierna derecha no paraba de moverse. Belén se acomodó en su asiento y siguió observando el lugar. Todo era blanco, impoluto: el suelo, el techo, las paredes, incluso los uniformes del personal que vio parecían brillar. Había tres puertas alineadas y, de pronto, rompiendo el silencio, la de la derecha se abrió, dejando ver a un hombre alto y delgado, con el pelo canoso, también vestido de blanco. Este les ordenó que pasaran, recitando sus nombres. Descubrió entonces los nombres de sus acompañantes: María y Eva. Las tres entraron rápidamente. Se quedaron de pie sin saber muy bien qué hacer. El hombre no pronunció palabra ni hizo ningún gesto. Se limitó a observarlas, analizándolas. Belén le sostuvo la mirada, desafiante, pero comprobó que sus compañeras no lo conseguían. Ella había acudido decidida. No tenía demasiado que perder. La fría inspección acabó y el hombre esbozó una sonrisa artificial.

—Pasen a la consulta, por favor—y con su mano señaló la puerta que había a un lado.

Las tres obedecieron y se encontraron con una sala similar, pero que contaba con tres sillas. Cada una se acomodó en una. El hombre había desaparecido y una mujer menuda ocupaba su lugar.

—Buenos días. Yo me encargaré de las gestiones. Sé que este proceso es duro, pero piensen que es por una buena causa. Están haciendo felices a familias que no pueden cumplir su sueño. Y además recibirán una buena compensación.

Belén no quería pensar en lo que iba a hacer. No quería pensar en que iba a traspasar todos sus límites morales y éticos. No quería, y no podía. Necesitaba hacerlo, y esta era la mejor forma.

—Tendrán que firmar estos papeles, consintiendo la inseminación y la posterior adopción.

De pronto, Eva, la chica más joven se echó a llorar. Belén tampoco quiso pensar en las circunstancias que la habían llevado hasta allí.

Ninguna de las presentes dijo o hizo algo, esperando a que la prácticamente niña se calmase. Después de unos minutos, los sollozos se apagaron.

—Esta bien, procedamos. Entrarán por turnos.

Belén pidió ser la última y, aunque extrañada, la mujer aceptó. Casi media hora después llegó su turno. Respiró varias veces, detenidamente. Cogió su bolsa y entró.

No lo pensó dos veces y sacó el revólver. Disparó, apuntando perfectamente, a la doctora y a sus dos ayudantes. Muertos.

Salió y se encontró al hombre canoso y, finalmente, una chispa de reconocimiento se prendió en sus ojos. No le dio tiempo a hablarle. Muerto.

Encontró a Eva y a María en la entrada, junto a otras dos mujeres, el personal que había visto en la sala de espera, todas atemorizadas. Tuvo el deseo de dejarlas vivir. Muertas.

Finalmente, se dirigió hacia el gran objetivo, el dueño de la clínica. Lo encontró agazapado debajo del escritorio, móvil en mano. Daba igual. Las cámaras estaban desconectadas, y para cuando alguna autoridad llegase, ella ya estaría lejos. Él comenzó a suplicar en cuanto la vio. Belén lo observó. Recordó los años que había pasado a su lado. Muerto.

Se deslizó por la ventana sin problema. Tenía práctica. Subió al coche que la esperaba. Su madre la abrazó y le acarició el pelo.

—Ya no tendrás que preocuparte por papá.